



A S. M.

# LA REINA DOÑA ISABEL II

EN EL NACIMIENTO DE SU AUGUSTA HIJA

## LA PRINCESA DE ASTURIAS.

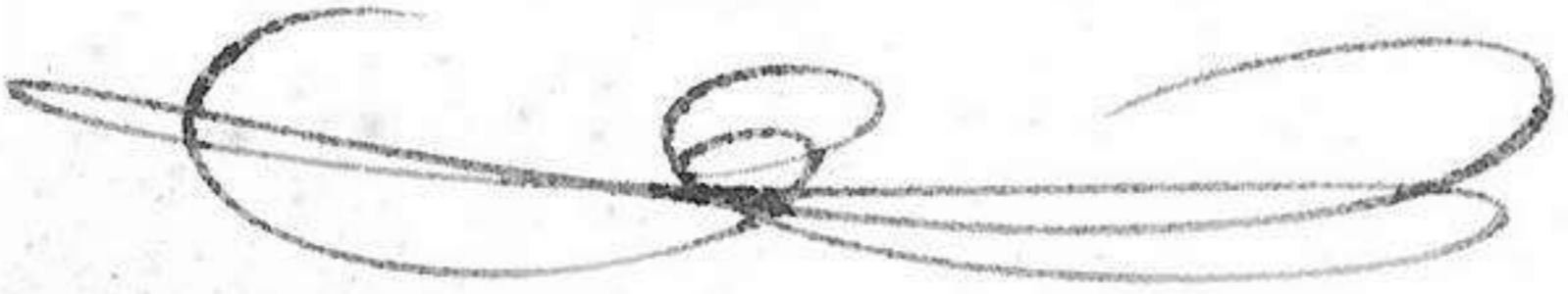


MADRID.

POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.

1852.

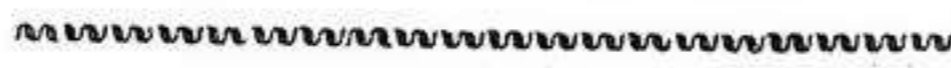
A-1881209969

Off. S. Ciriaco Vigil  
hu affluam.  
Auctor  




~~~~~  
Io parlo per ver dire  
Non per odio d'altrui ne per disprezzo.

PETRARCA.



¡O Reina venturosa,  
Que hoy á tu seno con amantes lazos  
Estrechas blandamente entre tus brazos  
La dulce prenda hermosa,  
Fruto anhelado de tu amor de esposa!

Si acaso, confundido  
Entre el rumor que al popular contento  
Arranca el gozo, de mi humilde acento  
Llegase hasta tu oído  
El eco por los aires difundido,

Perdona que importuna  
Ose mi voz en tan dichoso instante  
Interrumpir el éxtasis amante  
Que absorta en tu fortuna  
Gozas, madre feliz, ante esa cuna.

\*

Tambien á ti mecerte  
En ella Dios te concedió algun dia;  
Mas tu sueño infantil interrumpia  
Entonces ¡ay! la suerte  
Con voces de dolor, llantos de muerte.

Y mientras reposaba  
En el regazo maternal tu frente,  
Bajo tus pies, cual férvido torrente,  
El eco rebramaba  
Que de la lid horrisona se alzaba.

Cesó por fin; vencieron  
En los hidalgos pechos castellanos  
Tu inocencia y candor; fueron hermanos  
Los que contrarios fueron,  
Y el rencor á tus plantas deposieron.

¡Cuán distinto murmullo  
Percibe de sus dias en la aurora,  
Bendecido de un pueblo que te adora,  
Ese tierno capullo  
Mecido de tus besos al arrullo!

Mas no olvide tu mente,  
En el materno amor embebecida,  
Que, no para ti sola, de la vida  
Esa niña inocente  
Vino á surcar el piélago inclemente.

Piensa que sorda ruje  
Sobre la Europa tempestad lejana;  
Que tal vez ¡ay! estallará mañana!  
Que ya la tierra cruje  
Présaga del volcan que hirviendo muje!

Porque soberbia y loca  
La humanidad abandonó el camino  
Que á su flaca razon trazó el destino,  
Y ciega se desboca,  
Y la celeste cólera provoca.

Tras goces mundanales  
Arrastrándose ansiosa por el suelo,  
Olvida con desden mirar al cielo,  
Do brillan las señales  
De sus futuros hados inmortales.

Guarner Canton (D. Nicola)  
Oda al S. M. La Reina D.<sup>a</sup> Isabel II en el  
Nacimiento de su Augusta Hija La Primera  
de Asturias.

Madrid 1852.

Por eso el que enloquece  
A los que airado á perdicion destina  
Vuelve su faz, y á destruccion y ruina  
Abandonar parece  
Al mundo, que su ley desobedece.

Mas tú que por estraña  
Fortuna, de tu edad en los albores,  
Prenda fuiste de paz, y los furores  
Atajaste y la saña  
Que desolaban la infeliz España;

Tú, Reina venturosa,  
Que hoy á tu seno con amantes lazos  
Estrechas blandamente entre tus brazos  
La dulce prenda hermosa,  
Fruto anhelado de tu amor de esposa;

Tú, cuya voz no pudo,  
Porque amor y bondad solo respiras,  
Encender nunca las celestes iras,  
Tú serás el escudo  
Donde se embote su rigor sañado.

Y si tal vez bastante  
No fuese á tal victoria tu pureza,  
De esa angélica niña la cabeza  
Cubra tu diestra amante,  
Y di, volviendo al cielo tu semblante:

“Señor, tú me la has dado;  
»Aplaque su inocencia tus enojos;  
»Aparta de ella en tu furor los ojos  
»Y de mi pueblo amado,  
»Que nunca de tu nombre se ha olvidado.”

Y el Padre soberano,  
Que siempre atiende al que en su amor confía,  
Acojerá tu voz humilde y pia,  
Y con benigna mano  
Protejerá de nuevo el suelo hispano.

Mas si está destinada  
A ser envuelta España en dia aciago  
Del comun escarmiento en el estrago,  
Aún podrás respetada  
Vivir, Reina, y feliz con tu hija amada.



Todavía te queda  
Un apacible y retirado asilo,  
Donde para las dos lento y tranquilo  
Rodar el tiempo pueda  
Que á vuestra vida el Hacedor conceda.

Allí bosques sombríos  
Tendreis y amenos valles, donde el aura  
Con suave aliento el ánimo restaura,  
Y cristalinos rios  
Que templen el ardor de los estíos.

Allí fieles te ofrecen  
De su acendrado amor claras señales  
Corazones valientes y leales,  
Que menos desfallecen  
Cuanto mas los peligros se embravecen.

Nunca el poder romano  
Afianzar allí la planta pudo;  
Y de Pelayo ante el radiante escudo  
El alarbe africano  
Allí rodó desde la cumbre al llano.

Todavía resuena  
El eco allí con que el primer ruido  
Fué del leon de España respondido,  
Y que de Santa Elena  
Al moderno Alejandro hundió en la arena.

Mas ¡ah! ¿por qué importuna  
Turba mi voz con desacorde acento  
El inefable maternal contento  
Que absorta en tu fortuna  
Gozas, Reina feliz, ante esa cuna?

Plegue á Dios que aceptada  
Mi fatídica oferta nunca sea,  
Y que siempre contigo Asturias vea  
A su Princesa amada  
Bajo el hispano sόlio cobijada.

*Nicolás Suarez Canton.*

Madrid: Enero de 1852.





